

La calle para el viernes 7 de agosto de 2009
Diario de un espectador
Montero y Montes de Oca
por miguel ángel granados chapa

José Antonio Montero es el editor de la revista *Biblioteca de México*, de cuyos números de este año hemos compartido algunos pasajes con nuestros lectores. En la edición más reciente de esa notable publicación Montero ofrece muestras de otros talentos cuyo ejercicio lo hace un creador y difusor singular en nuestra vida literaria. Es un editor de libros, de revistas y de diarios –por ejemplo se desarrolló como tal en *unomásuno* y *La Jornada*--. Es asimismo una suerte de curador de exposiciones. Presenta en este número doble una nota sobre el catálogo de la exposición, derivada de la que celebró veinte años de la Bienal internacional del cartel, presentada en la Biblioteca de México. Es también un dibujante: sus viñetas acompañan los poemas de Marco Antonio Montes de Oca tomados de su libro *Delante de la luz cantan los pájaros* (incluidos fragmentos de la que es su obra más conocida: Ruina de la infame Babilonia: no somos parte del mundo sino el mundos mismo) Y es también un autor, poeta él mismo, que explica en *Biblioteca de México* La alquimia explosiva de aquel poeta, de quien Montero fue amigo como los reflejan estas notas:

“Conocí a Marco Antonio Montes de Oca al finalizar los años cincuenta en una librería de viejo ubicada a espaldas de Catedral. Yo era entonces un bibliómano en ciernes y había publicado poemas sueltos en periódicos y revistas de esa época, mientras que él tenía ya tres libros editados que provocaban sorpresas y admiración más que rechazo. Al entrar a esa librería fue hacia el mostrador donde el dependiente conversaba conmigo. Mirándolo con fijeza le preguntó en cuánto le compraba dos hermosos volúmenes empastados a la española. El empleado le ofreció un precio irrisorio y él exaltó la calidad y el valor de los libros. Tras varios minutos de regateo, como con recriminación dijo al librero: ‘Prefiero regalárselos a este *cuate*’. Lector de todos los suplementos culturales de entonces, había leído comentarios y entrevistas sobre su poesía, y visto su fotografía, por lo cual contesté a la alusión: ‘No, Marco Antonio, si no los quieres vender, mejor consévalos’. Él, sorprendido, preguntó si lo conocía y le manifesté: ‘Eres el autor de tales y cuales libros’. ‘Pues si me conoces, con más razón acéptalos’, e insistió con tal vehemencia que los acepté, seguro de que algún día se los devolvería. Ello ocurrió meses después de que me incorporé a la Dirección general de publicaciones /de la UNAM) que dirigía Rubén Bonifaz Nuño. Ahí nos encontramos y tras un breve saludo y reconocimientos me preguntó si conservaba los libros y si podía devolvérselos. Le contesté que por supuesto y al otro día se los entregué. Eran dos tomos en octavo de la novela *Juan Cristóbal*, de Romaní Rolland. Así empezó una larga amistad que nos llevaría a comentar largas horas nuestras preferencias literarias: Henri Michaux, René Chair, Jacques Provert, Salvatore Quasimodo. Guiseppe Ungareti, etcétera. La intensidad de nuestro trato se prolongó hasta finalizar los años setentas, cuando extenuantes y variadas obligaciones de trabajaron impidieron reunirme para

discutir con él sobre nuevos autores y corrientes poéticas o para simplemente divagar en espera del poema próximo. De allí en adelante sólo tuvimos fugaces y esporádicos encuentros....

“Nuestras charlas literarias incluían intercambiar versos y títulos para futuros libros. Recuerdo que, viajando en un taxi, Marco un poco apesadumbrado lamentó: ‘todo pasa’. Y yo le respondí ‘sí, hasta la ciruela pasa’. Estas dos frases le sirvieron después para escribir un poema. De entre los títulos para futuros libros que intercambiamos sólo conservo en la memoria uno que le propuse y él aceptó utilizar en un excelente libro de poemas: *El corazón de la flauta*” .